

tima, así en el baile como en el representado, en el traje, en el idioma y en la acción, eran unos *manolos* completos: el genio de entrambos es muy universal. El Sr. Granados, el Sr. Dalmau y todos los demás, lucieron en la última pieza, por cuya repetición clamaba el público entusiasmado.”

Dada así á conocer la Compañía que trabajaba en el Teatro de Nuevo México, primera novedad del año de 1841, pasemos á hablar de la Compañía de Opera Italiana y de su Teatro.

## CAPITULO II

1841

Para dar albergue á la Opera Italiana, fué necesario hacer casi de nuevo el antiguo teatro de la Plaza de Gallos, que llevó el nombre de Provisional, sito en la calle de las Moras. El revistero del *Apuntador* nos dice así cuáles fueron esas reformas:

“La calle ha sido empedrada, y se le ha puesto la acera que le faltaba. A la entrada hay un patio cuadrilongo de poco menos de diez y siete varas, que tiene á derecha é izquierda las escaleras que conducen á los palcos primeros y segundos, y al frente la entrada á los balcones y lunetas, que es bastante amplia. El patio no tiene un declive suficiente. Las dos gradas de balcones, cuyos pasamanos están forrados de pana encarnada, lo mismo que los asientos, producen un buen efecto. Los de la luneta son por demás cómodos, y se ha abierto del foro al anfiteatro un amplio callejón.

“Los antepechos de los palcos segundos están adornados con guirnaldas de hojarasca, y los de galería, antes cazuela, con aspas romanas floreadas. Del rosetón que ocupa el centro del techo, pende un candelabro de dos varas y media de diámetro, en forma de canasta, con dos órdenes de quinqués, que en todo hacen noventa, con aros de bronce dorado á fuego y adornos de cristal brillantado, lo que contribuye á aumentar la luz y á un mejor efecto.

“Baja hasta la cornisa de la galería un pabellón adornado con emblemas y motes teatrales: es verdad que los tornapuntas que parecen sostener el techo hacen mal efecto; pero éste no podía evitarse acaso, y el día que quiera adornarse el teatro pueden servir para pabellones ó colgaduras. Se han echado cielos rasos en los palcos y galerías, y ésta la ocupan en su mayor parte palcos de particulares, lo cual hará

que toda la concurrencia sea escogida. Los medios colores dominan con buen gusto en todo el teatro.

“El foro se ha avanzado dos varas más, se han hecho en su interior cuartos para el vestuario de los actores: el asiento de la orquesta es mayor y más amplio, las decoraciones nuevas, y el telón de boca figura un cortinaje verde con adornos de oro.

“Lo más sensible de todo es que el caño del medio de la calle, por estar aún abierto, ofrezca sin obstáculo sus malos perfumes.

“En fin, de una cosa malísima, se ha hecho más de lo que se podía esperar, y hoy puede llamarse con algún fundamento “Teatro de la Opera.”

En él, y con *Lucía de Lammermoor*, de Donizetti, el lunes 12 de Julio de 1841, se presentó, debido á la actividad y esfuerzos del Sr. Roca, lo más granado del siguiente cuadro lírico:

*Prima donna assoluta*, Sra. Anaida Castellán de Giampietro.—*Prima donna soprano*, Amalia Luzio de Ricci.—*Primo contralto*, Adela Césari.—*Altra prima y seconda donna*, Luisa Branzanti.—*Primo tenore serio assoluto*, Sr. Emilio Giampietro.—*Primo tenore a vicenda*, Alberto Bozetti.—*Altro primo tenore en genere*, Juan Zanini.—*Secondo tenore*, Luis Arriaga.—*Primo basso cantante assoluto*, Antonio Tommasi.—*Primo basso bufo e direttore de escena*, Luis Spontini.—*Altro primo e suplemento*, Luis Leonardi.—*Maestro direttore compositore al cembalo*, Gualterio Sanelli.

Del coro, compuesto de catorce hombres y doce mujeres, fué Director D. Amado Michel.

La orquesta estuvo formada así: Director y primer violín, Guillermo Wallace; Subdirector, J. Chávez; primer violín, Eusebio Delgado; primer violín de los segundos, J. M. Miranda; violoncello, J. Zayas; viola, Mariano Ramírez; flauta J. A. Aduna; oboe, U. Bianciardi; flautín, J. Chaparro; fagot, A. Bianchi; clarinete, A. Villerías; clarín, M. Lebrón; trompa, M. Salot; trombón, F. Huasco; trompa, F. Lozada; timbales, J. Huidobro; contrabajos, J. Ocadiz, F. Bustamante, O. Camacho, A. Ríos; con otros profesores hasta el número de treinta y seis.

“Pintor escenógrafo, Pedro Gualdi; sastres, Antonio y Magdalena Ramponi.

“Condiciones del abono anual: en el año se darán noventa representaciones, dos por semana, por los siguientes precios: abono á palco, por año, con seis entradas, *quinientos cuarenta pesos*; á balcón, *noventa y seis*; á luneta, *ochenta y seis*; primera fila de galería, *treinta*; segunda y demás, *veintidós*.—Abono mensual: en cada mes de abono se darán nueve funciones, á los siguientes precios: palcos, *sesenta y tres pesos*; balcones, *diez*; lunetas, *nueve*; galerías, *tres pesos cuatro reales*.”



La prima donna Anaida Castellán de Giampietro, había nacido en Lyon, Francia, el 28 de Octubre de 1820. A la edad de poco más de ocho años ingresó en el Real Conservatorio de París, bajo la dirección de la célebre Cinti Damoreau y del ilustre Bordogni, para el canto, y del no menos ameritado Adolfo Nourrit, para la declamación. A los diez y seis años marchó á Italia á completar sus estudios, y se presentó en el teatro de Varese, pueblo inmediato á Milán; de allí pasó al de Novara, y en 1837 al de Turín, y en la primavera del año siguiente al de Pavía. De esta ciudad se trasladó á las ferias de Foligno y Perugia, cantando de *prima donna* en ambos teatros, y los de Bergamo y Venecia. Cantó después en París en varios conciertos, y en Italia en los de Florencia, Imola y Roma, pasando por último á Milán.

Refiriéndose al estreno, decía el cronista: "Tiene la Sra. Castellán una voz alta, dulce y sostenida; posee una agilidad de garganta muy agradable, y en sus trinos muestra mucha suavidad y maestría; conoce bien el canto, acomete con resolución los más difíciles pasajes, y en la facilidad y limpieza con que los ejecuta, revela buena escuela y buen gusto. La cavatina del primer acto, que es lo mejor que desempeñó como cantante, le granjeó muchos aplausos, y lo que en esta pieza advertí de mayor mérito, es la precisión con que ejecutó el primer tiempo, y el cambio con que adornó la repetición de la *cavalletta*. Como declamación, y el mérito del canto no es menor, fué sobresaliente el delirio del segundo acto de la segunda parte, donde había verdad y energía de acción y sentimiento. La fuerza de su expresión y aquel apasionado decir: "*Edgardo! io ti son resa...*" prueban una sensibilidad exquisita. La figura de la Sra. Castellán es interesante, y su estilo completamente moderno: en su poca edad promete grandes esperanzas."

Adela Césari, ya conocida de nuestro público, hizo su nueva presentación con *Julieta y Romeo*, de Vaccai, mostrando, como siempre, su maestría y buen gusto en el canto, su nobleza de acción y su elegancia en escena: su voz pareció haber bajado mucho, pero con gusto volvió á verse á la conocida contralto, que tantos aplausos tenía conquistados al público mexicano. El Sr. Tomassi y el Sr. Giampietro agradaron mucho, y Bozetti hizo furor en la ópera *Marino Faliero*, con la que se presentó en 4 de Agosto, mereciendo estrepitosos aplausos en el papel de Fernando. El 23 del mismo mes, obtuvo á su turno gran éxito *Sonámbula*, y posteriormente *Belisario*, *Beatrice di Tenda*, *Tancredo*, *Lucrecia Borgia* y otras, en que no puedo detenerme, pero de las cuales da noticia el excelente periódico literario, *El Apuntador*, ya nombrado varias veces.

Ese semanario de literatura y teatros, muy superior en su género á *El Mosaico*, y al *Semanario de las Señoritas*, sus contemporáneos,

se imprimía en la casa de D. Vicente García Torres, sita entonces en el núm. 2 de la calle del Espíritu Santo. Casi todos sus artículos honran á la crítica y á la literatura mexicanas, por su corrección, por su juicio y por su gracejo. En nuestra humilde opinión, es el primero y más estimable de los semanarios de literatura mexicanos. Le adornan muy bellas láminas litográficas, tan buenas como no se ejecutan hoy día, y abunda en composiciones de positivo mérito, firmadas por distinguidos nombres. Allí están quizá las primicias del insigne poeta D. Casimiro del Collado, que apenas contaba entonces veinte años:

"Déjame ver tu plácida sonrisa,  
ángel ó niña, tras el blanco velo  
que al soplo ondea de la errante brisa  
cual blanca nube en el cristal del cielo.

"Déjame contemplar tus negros ojos  
que un suave encanto misterioso vela,  
porque ni el triste mundo les da enojos,  
ni un negro pensamiento los desvela..."

Allí está su *Oriental*:

"... Pura es tu frente serena  
como el cristal de la fuente;  
tu corazón, Nazarena,  
más ardiente que la arena  
de los desiertos de Oriente..."

También allí se encuentran varias de sus poesías que Menéndez Pelayo califica de pertenecientes á géneros radicalmente falsos, pero agradables y amenas no obstante, y en verdad, no es fácil sustraerse al encanto de aquellas delicadas trovas de *¡Oración!*

"Sol del cielo de mi vida,  
fanal de mi noche oscura,  
flor en mi huerto nacida  
al blando aliento de amor..."

melodías poéticas que parecen escapadas de la guzla de Zorrilla. ¿Quién, por antiguas, no goza con las estancias de su *Meditación?*

"Porque aquí mi tristura:  
se viste de colores halagüeños,  
y sueño en la espesura:  
¿quién no es feliz mientras que tiene ensueños?"



¿Cómo no encontrar hermoso en su género el melancólico poema de *Los Muertos*, que comienza:

“¿Qué dicen esas campanas  
que de esas torres inmóviles  
en las góticas ventanas,  
están rasgando livianas  
la atmósfera con sus dobles?  
¿Qué dicen al corazón  
ó al humano pensamiento,  
ese mentido lamento  
y ese fantástico són  
que están vibrando en el viento?”

Allí, en *El Apuntador*, verdadero repertorio de la literatura de esa época, figuran con Collado otros distinguidos escritores: D. Andrés Quintana Roo, con su oda patriótica:

“Renueva, oh Musa, el victorioso aliento  
con que, fiel de la patria al amor santo,  
el fin glorioso de su acerbo llanto  
audaz predije en inspirado acento.”

D. José María Lafragua con su oda á Iturbide:

“De cruel destino la implacable saña  
de los aztecas derribó el Imperio;  
Tenochtitlán cayó, y un hemisferio  
apenas basta á la ambición de España.”

D. José Joaquín Pesado, con su composición *Mi amada en la misa de alba*; D. P. Almazán, con sus *Recuerdos*; D. Alejandro Arango, con su *Leyenda del Cristiano*, y *Una Ilusión*, y dejando sentir su facilidad y corrección en prosa y verso, el atildado y diplomático D. José Gómez de la Cortina, uno de los principales promovedores del Ateneo Mexicano, del que fué tesorero, catedrático, presidente, consiliario y entusiasta mantenedor.

Volvamos ahora á nuestros teatros Principal y Nuevo México y á la saludable competencia que entre ellos se entabló. En el primero puso la Compañía el *Don Juan de Austria*, traducido por Larra, y á propósito de esa representación, el revistero dijo: “En ella hicimos tristes recuerdos del desgraciado cuanto distinguido AVECILLA. Es verdad que el Sr. Salgado comprendió y desempeñó bien el papel de Carlos V; que en algunas imitaciones de aquel difunto actor, estuvo

sumamente feliz; pero las modulaciones de voz, aquellas transiciones tan bellas del Sr. AVECILLA, le hicieron notable falta. Por lo demás, la representación estuvo fría, á excepción de algunas escenas en que los Sres. Castañeda, Vallete y aun la Srita. Cordero estuvieron más animados.”

De la comedia de Bretón *No ganamos para sustos*, ó, por mejor decir, de su desempeño en Nuevo México, leemos: “La representación estuvo muy buena; la Sra. Molino y los Sres. Ruiz y Martínez, desempeñaron, especialmente este último, sus papeles con perfección, lo mismo que la Sra. Martínez y el Sr. Fernández. El Sr. Pineda, con sus modales francos y llenos de nobleza y finura, realzó mucho el mérito del papel de D. Juan.” En el mismo teatro hizo su presentación, el 26 de Junio, la Srita. Ramos, con *Catalina Howard*, presentación que fué un fracaso, pues el público la silbó y la remedó, y salió diciendo que “sólo había desempeñado bien la escena en que estaba sobre el sepulcro aletargada.”

En 29 del mismo mes de Junio se revivió en el Principal el drama *Muñoz, Visitador de México*, de Rodríguez Galván, estrenado en 1838. Al siguiente día se dió en Nuevo México *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, con un final arreglado por poeta desconocido, suceso que relata así el cronista: “*Rugiero*, arrancado de los brazos de *Laura* por los satélites del Tribunal, entra al cuarto de la eternidad. *Laura* le sigue; al llegar descórrese la cortina, ve el patíbulo y cae hacia atrás, exclamando con desesperado acento: ¡*Jesús mil veces!* Esto fué lo que escribió el autor; pero no fué esto lo que vimos, pues que el padre de *Laura*, á la cabeza de varios conjurados, entró violentamente, libertó á la víctima, destruyó el tribunal y, á la voz de ¡*viva la libertad!* formó un motín, que, aunque bien recibido del público, no debe serlo por un hombre que piense. ¿Quién dió autoridad al osado poetastro para zurcir tan burdo remiendo y echar un borrón en el acabado cuadro de Martínez de la Rosa?”

Con motivo de una representación de *Muñete y verás*, en el Principal, *El Apuntador* hizo un nuevo recuerdo de AVECILLA, diciendo así: “Esta es la segunda comedia en que echamos de menos á D. Bernardo AVECILLA, que con tanta gracia y naturalidad representaba al *Usurero*: ¡no es fácil, seguramente, que se llene el vacío que el anciano actor ha dejado! porque aunque cansado por la edad había demeritado, no me parece que, á excepción de D. Miguel Vallete, haya en la Compañía quien se le parezca, á lo menos para ciertos papeles.” *La Visionaria*, preciosa comedia del autor de los *Amantes de Teruel*, obtuvo un desempeño perfecto en Nuevo México; “los hermanos Martínez bien, como siempre; la Sra. García muy feliz, á pesar de su mala y cansada voz: quien lució muchísimo fué Pineda, pues nos ha probado que es tan idóneo para el género cómico como



para el trágico: mucha verdad, mucha naturalidad y muy propios modales. Esperamos que el Sr. Pineda no economice tanto el presentarse en comedias de costumbres y que en lo sucesivo la Empresa dé papeles de más interés al Sr. Dalmau, que es un buen actor, al que hace una injusticia arriconándole tanto."

Una de las obras en que más brillaron en su competencia los dos rivales teatros, fué *El Campanero de San Pablo*, de Bouchardy, estrenado en el Nuevo México el sábado 17 de Julio y en el Principal el sábado 24. "En aquél la Martínez y su hermano, en todo el drama, pero especialmente en la escena muda del reconocimiento, llegaron á un extremo de perfectibilidad, que es imposible superar. Pineda, que á la segunda representación desempeñó el carácter de William, estuvo admirable. En el Principal el desempeño del *Campanero* fué lo más completo: se distinguieron Valletto en el papel de Albinus, Castro en el de Lord Enrique, Salgado en el de William Smith y especialmente Castañeda en el del *Campanero*: tuvo éste pasajes muy felices, como fueron el de la caída de las rocas, el de la demanda de su hija arrodillado ante William, y otros varios; los extraordinarios y repetidos aplausos del público son la mejor prueba de su acierto; los aplausos tocaron al entusiasmo la tarde del domingo, en que se repitió el drama en ambos teatros y en ambos con igual resultado. Muchas obras como ésta, y la emulación entre una y otra Compañía, darán gran impulso al teatro, utilidad á los actores y placer al público."

*El qué dirán*, de Bretón, *El Oscar*, de Cienfuegos, llevaron público y aplausos á los teatros rivales. El drama de origen francés *Luisa*, valió grandes triunfos á Salgado, Valletto y Castañeda, que desempeñaron perfectamente los caracteres del Padre, de Enrique y del Coronel, así como la Srita. Santa Cruz el de Cecilia; pero la gloria de este drama correspondió á la Srita. Cordero: "con cuánta satisfacción recuerdo y veo comprobado aquello de que donde más luce es en los caracteres que exigen virtud, nobleza, y en los que hay un sacrificio que hacer al honor, al deber, porque entonces puede decirse que está en su cuerda. En toda la obra llenó su desempeño, especialmente en el diálogo con Cecilia, en los que tiene con Enrique en el tercero y quinto actos, y sobre todo en el cuarto al salvar á su rival y huir desdefiosa y sentida, de su infiel esposo."

En los primeros días de Agosto hubo una *tentativa* de ascensión aerostática por un mexicano apellidado Carrillo: "¿Cómo podré hablar de ella, dice *El Apuntador*, si no hubo tal ascensión? Sólo podré decir que una mexicana subió hasta la altura de las segundas lumbreras, derramando versos en que el viajero se despedía: que Lappan con mano fuerte detenía el globo con un cable, y que esto fué, según dicen, una de las causas de que el Sr. Carrillo no hubiera podido su-

bir; que el gas se descompuso y aun añaden que el globo padeció en el paseo. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que el chasco fué muy regular, que muchos se quedaron sin almorzar, y que todos salieron recordando á M. Theodore, y sintiendo que no hubiera sido ayer el día señalado para que el pabellón mexicano ondeara en los aires por la primera vez en manos mexicanas. Se dice que pronto tendremos otra ascensión hecha por otro mexicano."

Como ya dije, *Catalina Howard* fué un desastre en el Nuevo México, y esto animó á la Compañía del Principal á poner á su turno ese drama, con un éxito notable: "el servicio de la escena estuvo muy bueno; la decoración de la cámara excelente, y el desempeño muy bueno. El Sr. Valletto tuvo pasajes muy felices y asimismo la Srita. Cordero, que caracterizó bastante bien su papel en algunas escenas, principalmente en la del sepulcro, al sentarse en el trono y en los diálogos con *Ethelwood*. Los trajes fueron buenos, especialmente los del Sr. Castañeda y la Srita. Cordero, que cambió cinco, todos buenos, el de reina magnífico, y todos arreglados con esa naturalidad, gracia y elegancia que tanto distinguen á nuestra joven actriz. Notamos con satisfacción que su acción es ya mucho más animada que hace cuatro meses: le aconsejamos que no desmaye y que procure poseerse del carácter que representa como en *Luisa* y en muchas escenas de *Catalina*."

En 29 de Agosto se representó el *Pilluelo de París*: el Sr. Salgado caracterizó muy bien el General, y el Sr. Castro perfectamente el protagonista: "esta es una de las comedias en que más luce este joven mexicano, que es la esperanza de nuestro teatro; mucho ha adelantado en poco tiempo, y más adelantará si estudia con empeño." Siguiéronse el *Don Dieguito*, de Gorostiza, en que Castro caracterizó muy bien al atolondrado montañés; *Treinta años ó la vida de un jugador*, *Un ramillete*, *una carta y varias equivocaciones*, que valió entusiastas aplausos á la Dubreville, la Cordero y Castro; *Un tercero en discordia*, cuyo D. Saturio nadie ha desempeñado jamás como Valletto; *El Castillo de San Alberto*, en que dejó memoria la Dubreville; *Lucrecia Borgia*, en que eran notables la Molino, Pineda y Martínez; *Cuentas atrasadas*; *Mi Secretario y yo*; *La segunda dama duende*, en la que divirtieron grandemente la Martínez y su hermano, y Pineda y Ruiz; *Diana de Chivri*, muy aplaudido drama, por la interpretación que le dieron Salgado, Castañeda y la Cordero; el *Pelayo*, de Quintana, lo dió en su beneficio Pineda, con bellísimas decoraciones pintadas por Gualdi.

Lo dicho basta para que se tenga idea del estado y modo de ser de los teatros de la Capital, en esos días de 1841, de esplendor para los espectáculos públicos. Creo haber dado noticias suficientes de la mayor parte de los actores de nombradía; pero aun queda algo que citar



con elogio á este respecto y con relación á varios artistas de la Compañía del Principal.

Fué Salgado discípulo del célebre Prieto, y brilló en el desempeño de los caracteres de barba: el público mexicano le apreció y distinguió justamente: era notable en *Marino Faliero*, *Angelo*, *Muñoz*, *El Torneo*, *El Pilluelo de París*, *El día de Campo*, *Un tercero en discordia*, *Muérete y verás*, *Ella es él*, *Fernández y Compañía*, *El Castillo de San Alberto* y otras muchas obras del género serio y del cómico.

El mérito de la Sra. Dubreville para todas las características de costumbres, fué tan conocido, que parece por demás recomendarlo. Señalaré, sin embargo, como más particulares, *La rifa*, *Un novio para la niña*, *Un tercero en discordia*, *Todo es farsa en este mundo*, *Una vieja*, *El pilluelo*, *La favorita*, *Me voy de Madrid*, *El qué dirán*, *La niña en casa*, *A ninguna de las tres*, *Cuentas atrasadas*, y en el género serio *El Castillo de San Alberto*, *Arturo y Angelo*.

El Sr. Castañeda, á una presencia excelente para el teatro, reunía muy buena voz, buena acción, modales finos y excelente pronunciación. En general, desempeñaba muy bien todos los galanes serios, distinguiéndose en *Don Juan de Austria*, *La mujer de un artista*, *El torneo*, *Muérete y verás*, *El Trovador*, *Catalina Howard*, *El Campaño de San Pablo*, y los cómicos, como Don Martín de *Marcela*, *La Escuela del gran tono*, *Cuentas atrasadas*, *Mi secretario y yo*, y *Una de tantas*.

El joven Castro mostraba excelentes disposiciones para ambos géneros, y desempeñaba con perfección en el serio *Arturo*, y *Gabriela de Belle Isle*, y en el cómico *El Pilluelo*, *No más mostrador*, *Don Dieguito*, *A ninguna de las tres*, *La mujer de un artista*, D. Agapito en *Marcela*, *Un ramillete* y otras muchas: sus buenos modales, su elegante vestir, y sobre todo su aplicación, le hacían apreciable y prometían para el porvenir grandes progresos.

Verdaderamente poco ó nada nos queda por decir en lo relativo á los espectáculos de ese año de 1841, de que hemos dado abundantes noticias; pero bueno será que no olvidemos fijar la ubicación del Teatro de Nuevo México, para aquellos que no le hayan conocido y sepan que ya no existe. En su antiguo solar se levantan hoy dos casas modernas, marcadas con los números uno y cuarto y uno y medio, en la acera que ve al Norte en la calle de Nuevo México: el salón ó patio corría de Oriente á Poniente, y á aquel viento miraba el escenario: toda su fábrica era, por de contado, de madera.

De ese material estuvo también construido el que se llamó de *La Unión*, en la calle del Puente Quebrado, y de él voy á hablar, no porque hubiese tenido importancia artística alguna, sino por dar á mis lectores idea de lo que fueron en 1841 los teatros populares.

He aquí la gráfica descripción hecha por los redactores de *El Apun-*

*tador*: "El viernes 26 de Noviembre nos dirigimos al Teatro de *La Unión*, que pudiera llamarse con más razón de *La Libertad*. En aquella noche se representaba *Quiero ser cómico* y *La vieja y los dos calaveras*, cubriendo un intermedio una pieza de baile, amén de una rumbosa obertura, según anunciaban los programas. Observamos con bastante agrado que por dos reales nos podíamos introducir hasta el patio, y no bien habíamos cumplido con la formalidad de pagar, cuando nos encontramos en la sala del espectáculo. Esta estaba decorada no muy decentemente que digamos; las alfombras que cubrían el suelo eran *petates*; las pinturas aplomadas, y tan recientes que todos llevamos á nuestras casas muestras del mismo color; el alumbrado lo componían cuatro quinqués en los palcos segundos, un candil que no podía distinguirse desde el patio, gozando solamente del beneficio de su luz los espectadores de la cazuela; el telón no era gran cosa, y no pudimos comprender muy bien sus pinturas, tal vez alegóricas.

"En punto á comodidad, tampoco era grande la que allí se disfrutaba; pero en cambio se gozaba de una libertad perfecta; aquí un hombre estaba con el sombrero encasquetado, aun cuando estuviese alzado el telón; otro pedía dulces y agua al dulcero, en el mismo tono de voz que los actores; otro hacía fuertes reconvenciones al apuntador, porque hablaba alto, y muchos, con acentos destemplados y no muy comedidas palabras, pedían á Morales, nombre de un aspirante á cómico, que se quitase los guantes.

"Para dar á nuestros lectores una idea de la representación de la noche del 26, procuraremos seguir el orden de la función. Se comenzó tocando la rumbosa obertura, muy rumbosa y desentonada, de modo que el público tuvo por conveniente hacer callar á los músicos con fuertes silbidos. En seguida se levantó el telón, lo que causó grandes aplausos de mano y de boca. Conocimos entonces á los actores; pero no reconocimos la bonita comedia *Quiero ser cómico*. ¡Pobre autor! ¡lo destrozaron! Aquello fué para visto; ¡qué declamación la de D. Florencio! ¡qué modales los de Verde Gay; qué voz la de D. Dimas! ¡asombrosa la de la primera dama, y qué gracia la de su amabilísima criada y confidente Rita! ¡Qué servicio el de la escena, qué trajes, qué todo! Vamos, todo fué gracioso. Concluyóse la primera comedia con grandes aplausos, tocaron los músicos, y el impaciente público los hizo callar por segunda vez, para pedir el baile.

"A tantas instancias, alzóse el telón para dar principio á la *Vieja y los dos calaveras*, y ya D. Carlos hablaba entusiasmado, cuando un ciudadano del patio, con muestras de autoridad y con el programa en la mano, le dijo en voz alta: "Su intermedio se cubrirá con una pieza "de baile, finalizando con la *Vieja y los dos calaveras*.—Pagas.—"Patio y palcos, dos reales; galería, un real, etc." A tan fuerte reconvención, se calló D. Carlos, y comenzó el baile del *Mosquito*, des-



pués el del *Café*, y el público pidió después á grandes voces el *Tecolote*. Sólo diremos del baile, que el *galán* se nos figuró un arco de violín; ¡tal era su física estructura!

“Por último, se representó la segunda comedia: en ella hubo dos cosas muy notables; primera, que entraban y salían á la casa en venta, unos por el balcón, y otros, lo que es más extraño, por las paredes; lo segundo, que hubo un notario que, gracias á su habilidad, hizo reír á pocos y encolerizó á la mayor parte de los espectadores. A pesar de los aplausos que durante toda la función prodigó el público, al concluirse ésta hubo fuertes silbidos, lo que nos hizo pensar en lo poco constantes que somos los hombres en nuestras opiniones.

“Desearíamos que la autoridad tomase medidas sobre esta clase de espectáculos, aconsejando al mismo tiempo á los padres de familia, se abstengan de asistir al *Teatro de la Unión* con sus hijas ó hijos. A los escritores de costumbres, les suplicamos precisamente lo contrario, porque allí está el público *en el pleno y libre ejercicio de sus derechos*.”

### CAPÍTULO III

1841

En medio de toda aquella serie de espectáculos del escenario teatral, el político no había dejado de ofrecerlos también de sensación. Más desavenidos cada vez el Presidente D. Anastasio Bustamante y el partido conservador, valiéronle acres críticas los festejos con que, según me parece haber dicho, se celebró el triunfo del Gobierno sobre los revolucionarios de Julio del año anterior. Entre esos festejos hubo una función de teatro en Nuevo México, dedicada á Bustamante, representándose *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa. Me referí á ella en el capítulo anterior, y ahora digo, copiando de la historia de ese tiempo: “Túvose por insulto al Supremo Poder conservador, la elección de la obra de Martínez de la Rosa, pues se pinta en ella con negros colores el tribunal veneciano *De los diez*, con el que aquel era comparado: mayor disgusto causó que el actor español D. Francisco Pineda, que desempeñó el papel de Rugiero, hubiese cambiado el final del drama, libertando á la víctima y destruyendo el tribunal á la voz de *¡Viva la libertad!* — Ved aquí, exclama un enemigo de aquella Administración, el modo directo con que se daba boga á la impiedad. Esto se llama marchar al progreso *pero á la cangrejo*.”

Imposible extendernos á más usurpando sus derechos al historiador; pero baste decir que en esas y otras pequeñeces fué madurándose la oposición á Bustamante, hasta producir el pronunciamiento del Gral. D. Mariano Paredes y Arrillaga, el 8 de Agosto de 1841, en la ciudad de Guadalajara, en cuyo plan pedía para el Presidente la misma declaración de incapacidad hecha en 1829, para concluir con D. Vicente Guerrero. Comunicado el fuego revolucionario al Departamento de Veracruz, prendió á su vez en la Capital el 31 del mismo Agosto, fecha en que el Gral. D. Gabriel Valencia, se pronunció en la Ciudadela, y dos días después hizo otro tanto D. Antonio López de Santa-Anna en el castillo de Perote. La ciudad de México volvió á encontrarse en situación aflictiva igual á la del 15 de Julio, sitiados sus pacíficos moradores entre las fuerzas revolucionarias y las del gobierno, que ocupaban los edificios más altos y fuertes, y desde ellos se tiroteaban con grave riesgo de las personas indefensas que se aventuraban por las calles. Santa-Anna avanzó sobre Puebla, se posesionó de esta ciudad, llegó á Tacubaya y allí expidió, en 28 de Septiembre, el famoso *Plan de Bases de Tacubaya*, en que se pusieron de acuerdo Valencia, Paredes y él, para proclamar la creación de los poderes establecidos por la Constitución de 1836 y el establecimiento de un Ejecutivo Provisional. Bustamante comprendió que aquello no tenía remedio para él, y en 6 de Octubre firmó con sus enemigos el convenio de la Presa de la Estanzuela, en el camino de Guadalupe, pactando el olvido de todo rencor en bien de sus amigos, y dejando su puesto de Presidente, tomó con perfecta tranquilidad el camino de Veracruz y en aquel puerto se embarcó para la Habana y Europa. De acuerdo con el Plan de Bases de Tacubaya, reunióse una *Junta de Notables* y se eligió Presidente provisional á D. Antonio López de Santa-Anna, y éste tomó posesión de su cargo el 10 de Octubre.

Y pues hemos entrado en el relato de una brillante época de la historia del Teatro y de los espectáculos públicos en México, para mejor apreciarla, procuraremos hacer un breve resumen de lo hasta aquí referido y abrazar, en un solo golpe de vista, el estado de sus espectáculos teatrales en la época á que tocamos.

Dije ya cuán pobre y sencillo comenzó el teatro entre nosotros, sirviendo á los memorables primeros misioneros franciscanos para instruir á los catecúmenos indígenas en los misterios de la doctrina católica, y sembrar ejemplos y lecciones de moralidad. Vímosle después sirviendo de ornato á solemnes fiestas religiosas, juras de Reyes y entradas de sus delegados, y acudiendo en alivio de los míseros enfermos del Hospital de Naturales, ó en provecho de la instrucción pública.

En ese entonces el arte cómico no habíase aún ennoblecido, ni siquiera como honesta profesión, y embrutece la historia de aquellos